

Oficio de tercetos. Entrevista con el escritor cubano Carlos Victoria

Alejandro Armengol

Sobreponiéndose a un destino incierto, la prisión y el exilio, Carlos Victoria (Camagüey, 1950) ha publicado en los dos últimos años¹ un libro de cuentos, *Las sombras en la playa* (1992), y dos novelas, *Puente en la oscuridad* (1993) y *La travesía secreta* (1994). Si a esto se añade el otorgamiento de la Beca Cintas y el premio Letras de Oro de novela en 1993, se puede decir que nos encontramos frente a un caso de triunfo literario único en el exilio. También ante un ejemplo de persistencia increíble.

¿Quién es Carlos Victoria, un escritor cuyo sólo antecedente literario en Cuba es un cuento de juventud premiado en la revista *El Caimán Barbudo* en 1965? ¿Cómo fue posible ese salto y el no perderse entre tanta mediocridad, desilusión y rencor imperantes en la isla y el exilio? ¿Es entonces posible en Miami publicar una novela de 477 páginas como *La travesía...* sin recurrir a fondos propios? Una obra que si bien posibilita una

¹Reproducimos esta entrevista, originalmente publicada en *Linden Lane Magazine* en 1995, gracias a la gentileza de Alejandro Armengol, ya que nos parece que resulta esclarecedora en muchos aspectos de la labor creativa de Carlos Victoria. (Nota de la Editorial.)

lectura fluida requiere a la vez del esfuerzo del lector actual, poco acostumbrado a la lectura de más de unas cuantas páginas, condicionado por la televisión, el cine y hasta el nintendo. ¿Hay lugar para la literatura en esta ciudad *malloliente*, donde la mayor parte del tiempo se consume en el trabajo, las tediosas autopistas y los viajes al supermercado?

Por supuesto que todo ello denota una labor paciente y tenaz durante años de oscuridad, sombras y travesía que hoy rinden fruto y parecen echarnos a la cara la verdad tras la retórica de decir que más que pozo de esterilidad, el exilio es fuente de creación. Una reafirmación de que gran parte de la literatura cubana es literatura del exilio. Carlos Victoria no es inocente al respecto, y el futuro nos dirá si es castigado o premiado por su osadía. Por ahora, debemos conformarnos con sus respuestas.



- A. Armengol: Ante todo, sería bueno conocer si tu obra publicada ha sido escrita en lo fundamental o por completo en el exilio, y si existen textos sin publicar y escritos en Cuba que aún conservas.
- C. Victoria: Mi obra publicada ha sido escrita por completo en el exilio. Hay tres libros de poemas y un par de cuentos escritos en Cuba que logré recuperar. Con la excepción de estos poemas y cuentos, que se salvaron de lo que fue confiscado en mi casa gracias a que algunos amigos tenían copias, todo lo demás pasó a los archivos de la Seguridad del Estado. Luego con el paso de los años las copias salvadas llegaron a mis manos por diversas vías. Lo que escribí entre la fecha en que terminó mi arresto (julio de 1978) y mi salida de Cuba (mayo de 1980) lo quemé yo mismo el día antes de irme, pues no quería comprometer a nadie. No era sólo

generosidad de mi parte, sino más bien realismo: creo que ninguno de mis amigos hubiera aceptado guardar esos textos.

- A. Armengol: ¿Qué valor le otorgas a la obra escrita en Cuba?
- C. Victoria: A estas alturas, prácticamente ninguno. Los cuentos tenían ideas interesantes, pero me parece que estaban mal escritos. Por lo menos los dos que conservo necesitarían una revisión completa, y hasta ahora he preferido engavetarlos. Creo que así se quedarán. Merecen ese castigo. Tenía dos novelas inconclusas, y por lo menos una de ellas, en la que me encontraba trabajando cuando comenzó el éxodo del Mariel, prometía bastante. Pero como manuscritos en pleno desarrollo, eran sólo eso: promesas. Lo que más escribí en Cuba fue poesía: decenas de libretas llenas de poemas, resmas, libras y libras de poemas. Me pasaba la vida escribiendo poemas. No puedo juzgar si en toda esa cantidad escalofriante de versos había cosas de valor. Me imagino que sí. Pero la poesía ya no me interesa como género, y mucho menos la escrita por mí. Detrás de este rechazo irracional debe haber algún factor psicológico que se me escapa. He meditado sobre esto, porque aparte de que era un poeta incansable, era también un voraz lector de poesía, y ahora incluso me cuesta trabajo terminar de leer un poemario, aunque sea un buen poemario. Pero no he llegado a ninguna conclusión.
- A. Armengol: *En 1965 fuiste premiado en el primer concurso de cuento de El Caimán Barbudo. Se llegó a publicar el cuento. ¿Conservas alguna copia de éste?*
- C. Victoria: No. Y me aterra pensar que algún día pueda releerlo. Fue un cuento escrito a los quince años, probablemente influido por Cortázar, que era uno de mis ídolos en ese momento.

- A. Armengol: Volviendo a tu obra publicada en el exilio, ¿podrías brindarnos las fechas en que fueron escritas?
- C. Victoria: Los cuentos de *Las sombras en la playa* fueron escritos entre 1981 y 1983. Luego los reescribí en 1986, cuando terminé la segunda versión de *La travesía secreta*. Por esa época añadí algunos nuevos. Al terminar la tercera versión de *La travesía...*, en 1991, escribí *Puente en la oscuridad*, que concluí en 1992. Luego reescribí por última vez *La travesía...*. Esta ha sido la espina de estos diez años, una novela que ha representado un reto para mí, y que muchas veces dudé que llegara a publicarse.
- A. Armengol: ¿Existe algo inédito de consideración escrito por esa misma fecha y no publicado?
- C. Victoria: No. Hay una novela que empecé en el 89, exasperado con la tercera versión de *La travesía...*. Harto de trabajar sobre lo mismo, pensé que era hora de escribir otra novela que fuera completamente distinta. Escribí unas 80 páginas, y luego la abandoné. Hay en esa novela inconclusa algunos elementos que retomé en *Puente...*. También hay cuentos que se malograron. Y algunos comentarios. Pero nada que merezca publicarse.
- A. Armengol: ¿Las novelas y los cuentos publicados sufrieron cambios fundamentales en el proceso de creación? Por ejemplo, alguna de ellas empezó como un cuento y se convirtió en novela. Me refiero a procesos de reescritura de gran envergadura, como grandes cambios de estructura, etc.
- C. Victoria: Los cuentos salieron originalmente bastante parecidos a como han sido publicados. Me refiero a la trama, a la estructura básica. Yo escribo lentamente, termino un párrafo y luego lo reviso, en un proceso minucioso y a veces irritante, pero que da como resultado que las grandes trans-

formaciones ocurren más bien en mi mente y no en el papel. Siempre comienzo con un plan, y éste luego va cambiando a medida que escribo. Nunca he podido empezar a escribir sin una especie de mapa. Tal vez he escrito por puro impulso un cuento corto, pero nunca un relato largo ni mucho menos una novela. *La travesía...* tiene bastante que ver con la novela inconclusa que quemé el día antes de salir de Cuba. El primer cuento que escribí en el exilio fue "Dos actores", un poco recordando aquella novela. Luego escribí la primera versión de *La travesía...*, que es en esencia bastante parecida a la versión final, sólo que pésimamente escrita. En las diferentes reescrituras el texto fue cambiando en el sentido de incorporar escenas, quitar otras, revisar el lenguaje, etc., pero no creo que hubiera como tú dices grandes cambios de estructura. Con *Puente...* existe el antecedente de la novela que comencé en el 89 y que no terminé.

- A. Armengol: ¿Cuánto hay de autobiográfico en tus relatos y novelas?
- C. Victoria: Esa es y siempre será una pregunta difícil de contestar. Parto a veces de situaciones y personas que conozco o creo conocer, y al mismo tiempo de historias y gentes inventadas. Luego todo eso se va superponiendo, mezclando y transformando hasta volverse una absoluta ficción. También sucede que mientras estoy escribiendo pasan cosas en la realidad que decido incorporar al texto de una forma totalmente disfrazada, deformada, y eso altera también el rumbo. El caso de *Puente...* puede ser un buen ejemplo. La novela que comencé a escribir en el 89 era, entre otras cosas, la historia de un hermano que está en Cuba y otro que está en Miami. Yo por cierto soy hijo único por parte de madre, y en ese momento no sabía absolutamente nada de mi padre ni si yo tenía hermanos o no, pues de mi padre sólo sabía el nombre y algunos datos vagos, nada más. Tal vez

allí la nota autobiográfica era que yo siempre quise tener un hermano, y entonces lo inventé. O a lo mejor estaba pensando en algunos de los amigos que dejé en Cuba y que han sido para mí como hermanos. O no había nada de autobiografía. No sé. Pero volviendo a esa novela frustrada: El que vive en Miami decide romper el silencio de muchos años y le escribe al de Cuba una especie de carta interminable (que es en sí la novela) contándole su vida actual y a la vez tratando de dilucidar el conflicto de la relación entre ambos, sobre todo porque el hermano en Cuba es un hombre enigmático. Al cabo de cinco capítulos abandoné el proyecto, en parte porque no me satisfacía, y en parte porque la nueva versión de *La travesía...* no me dejaba en paz. Un año más tarde me enteré de la existencia real de un medio hermano, hijo de mi padre, que vivía en Miami. Traté de ponerme en contacto con él a través de unos parientes, pero él se negó rotundamente a conocerme. Entonces se me ocurrió la idea central de *Puentes...*: dos hermanos no se conocen, uno busca un acercamiento y el otro lo rechaza. Pero hasta allí llega la similitud con la historia real. Para el escenario principal en el que se desarrolla la novela, un edificio junto a un lago, me inspiré en parte en el lugar donde vivo. Una noche me senté en el balcón y me pareció ver la figura de un hombre del otro lado del lago, que parecía buscar algo. Se movía de un lado a otro, sin parar. Luego desapareció. De pronto sentí miedo, un miedo absurdo. Y allí se añadió un nuevo elemento que transformó la historia: el hermano que rechaza el contacto puede convertirse también en un fantasma, en un perseguidor. A eso se sumó una obsesión personal con el Dios que desde su escondite bendice y castiga. Y con la pérdida de la identidad. Todo eso ocurrió mientras tomaba notas antes de comenzar a escribir. Pero algo más curioso es que la novela empieza con una carta del padre del protagonista, y en ese momento yo nunca había

recibido una carta de mi padre (aunque tal vez tenía la secreta esperanza de recibirla). Sin embargo, después de terminar la novela recibí en efecto una carta de mi padre. Otro dato: por la época en que escribí los dos o tres primeros capítulos yo iba a visitar al hospital a un amigo que tenía problemas mentales. Y a la vez otro amigo comenzaba a dar muestras de desequilibrio mental. Esto por supuesto me afectaba, y sentía que debía escribir sobre eso. Lo que hice fue tomar ciertos rasgos de la enfermedad de ambos (y de la mía, porque yo soy hasta cierto punto lo que en el detestable lenguaje moderno se llamaría un loco funcional), y con ellos modelé el personaje del loco Gabriel, y de paso profundicé en ciertos rasgos de Natán, el personaje principal, que aunque no es un loco se mueve en un terreno síquico muy movidizo. Esta presencia de la locura también modificó la novela. Y así ocurre con casi todo lo que escribo. No creo entonces que pueda hablarse de autobiografía. Digamos que hay elementos aislados de la realidad (vivida o temida o deseada o soñada) que se tergiversan y pasan a enriquecer la ficción. Y a veces la ficción tergiversa y enriquece elementos de la realidad, y a la larga se crea una nueva ficción que no se parece a la primera. Pero no hay una clara relación de causa y efecto entre ficción y realidad. Es más bien una relación intrincada y absolutamente incomprensible.

- A. Armengol: Hay alguna obra en particular que sea más autobiográfica que otra? Por ejemplo, ¿podríamos decir que *La travesía...* es la más autobiográfica de todas?
- C. Victoria: Tanto las novelas como los cuentos tienen esa misma caprichosa combinación de ingredientes. En *La travesía...* hay tal vez más referencias a mi propia vida, aunque éstas también están deformadas, enriquecidas y empobrecidas por la ficción.

- A. Armengol: Si se compara a *La travesía...* con *Puente...*, es evidente un mayor distanciamiento entre el autor y su personaje principal, lo que hace que hasta cierto punto esta segunda novela sea más pensada y elaborada, más racional. Se puede experimentar esa sensación, y ello no quiere decir que una novela sea más entretenida que la otra; es más, ocurre todo lo contrario: para un lector ajeno a la Cuba de finales de los sesenta y principios del setenta, *Puente...* casi seguro resulta mucho más entretenida. Incluso como tema *Puente...* es mucho más irracional. Pero hay un escritor mucho más maduro en *Puente...* Esto puede ser una ventaja o desventaja, según el ángulo que se lo considere. Recuerdo que el pintor Carlos Alfonzo me dijo en una ocasión que él cultivaba un “estado de ignorancia”, y enfatizó que era un artista intuitivo, “un místico”. ¿Cómo ves tú esto con relación a tu obra?
- C. Victoria: Busco una distancia y a la vez un acercamiento. El acercamiento viene de que sólo escribo sobre cosas que para mí resulten significativas, en un sentido vital, afectivo o emocional. La distancia viene de que al escribir freno la emoción y el afecto. Me interesa ese contraste. En cuanto a lo de racional e intuitivo, creo que en todo verdadero creador se da una mezcla de ambas cosas. Lo de “místico” me parece demasiado arriesgado, al menos en mi caso. Y ya que mencionas la madurez al hablar de *Puente...*, creo que sí, que *Puente...* es más elaborada. Me gustaría pensar que es un paso hacia adelante.
- A. Armengol: Por lo tanto, ha existido una evolución en este sentido.
- C. Victoria: Una vieja máxima dice que se aprende a escribir escribiendo (a pesar de tantos ejemplos contrarios). Y también he adquirido cierta experiencia en el proceso inicial

del bosquejo, pues ya conozco las interrogantes y los obstáculos que se me van a presentar en el camino. Pero como han dicho otros escritores, cada nuevo proyecto trae nuevos desafíos. Nada es seguro en este mundo, y mucho menos lograr un buen cuento o una buena novela.

- A. Armengol: Podríamos entonces decir que te has ido alejando paulatinamente de las vivencias y experiencias, para ir adquiriendo cada vez más dominio sobre los materiales y ser cada vez más un escritor “profesional”.
- C. Victoria: No. Por ejemplo, los cuentos que estoy escribiendo actualmente tienen la misma carga de vivencias deformadas y a la vez de absoluta ficción que los de *Las sombras...* En ese sentido yo soy (hasta ahora, nunca se sabe lo que ocurrirá en el futuro) un escritor muy limitado. Esto puede ser una ventaja o una desventaja. Pero cada uno hace lo que puede.
- A. Armengol: Muchos artistas y escritores experimentan una transformación total cuando se enfrentan al exilio. Unos evolucionan completamente con respecto a su estilo anterior e incluso algunos son presa de la esterilidad por algunos años o el resto de su vida. Aunque en tu caso no hay un precedente de una obra publicada en Cuba, sí existió una labor creativa inédita. ¿Hubo en ti un proceso de transformación o ruptura creativa luego de tu llegada al exilio?
- C. Victoria: En mí se dio la ruptura total con la poesía que mencionaba anteriormente. Hace catorce años que no escribo un poema, y espero no volver a escribir ninguno más. A mí mismo me sorprende la satisfacción con que digo esto. ¿Qué me pasaría con la poesía? Que yo sepa, nunca me hizo daño.

- A. Armengol: Con independencia de las limitaciones políticas que todos conocemos, en Cuba se dio otro fenómeno, no por cierto independiente a esas mismas circunstancias políticas, que fue el desarrollo de tendencias literarias muy definidas, seguidas por la mayoría de los escritores, sobre todo los jóvenes. Eso se hizo particularmente evidente en la poesía, con el uso y el abuso del coloquialismo -hecho que a mi entender es el fenómeno más nefasto que ha sufrido la poesía cubana en este siglo-, pero también se manifestó en la narrativa. Surgía determinado libro de cuentos o novela que tenía éxito y tras éste veinte, treinta o cincuenta imitaciones. Pero en tu caso no sólo hay una originalidad sino también un distanciamiento de la mayoría de lo publicado en Cuba, e incluso de las corrientes predominantes a partir de los sesenta en la literatura latinoamericana. ¿Se trata un propósito consciente? ¿Podríamos decir que las influencias también quedaron en Cuba, entre los escritos archivados en la Seguridad del Estado, o que siempre te propusiste distanciarte de las modas literarias imperantes?
- C. Victoria: Digamos que estoy escribiendo desde hace muchos, muchísimos años, y si uno persiste, como ha sido mi caso, y tiene algo genuino que decir, es casi inevitable que a la larga surja una voz que no sea una imitación de las otras.
- A. Armengol: Es por ello que es tan difícil encontrar influencias en tu obra, salvo algunos escritores universales como Albert Camus, y en este caso más de intenciones y propósitos que de contenido. Por ejemplo se ha hablado de la influencia de tu amigo Reinaldo Arenas, pero yo no comparto esa idea. Por una parte, en Arenas hay un desenfado y un uso de la ironía que no existe en tu literatura, donde el humor está casi ausente. A esto se agrega que la angustia de tus personajes adquiere un sentido existencial e íntimo que deja

poco espacio a la sinrazón histórica presente en el autor de *El mundo alucinante*. Si hay influencia de Arenas, donde sería más evidente es en *Puente...*, pero no basta para destacarla como una constante en tu obra. ¿Qué opinas al respecto?

- C. Victoria: Creo que la obra de todo escritor que busca ante todo ser auténtico se corresponde de algún modo secreto con su forma de ser, de sentir, de pensar e incluso de actuar. Reinaldo Arenas era un escritor auténtico, yo también procuro serlo, y ambos a pesar de ser amigos fuimos siempre dos personas muy distintas (y como nota curiosa puedo añadir que esto a la larga benefició nuestra amistad). Por lo tanto es lógico que las obras sean muy distintas.
- A. Armengol: Por otra parte, tampoco eres el típico escritor exiliado que escribe, vamos a decirlo así, de forma descarnada o evidente sobre lo que podríamos llamar los temas clásicos del exilio (nostalgia, militancia anticomunista, etc.). Sin embargo, el personaje de Natán, en *Puente...*, es el exiliado por antonomasia, no sólo político sino existencial. ¿Buscas también un puente en tu literatura, situarte en un punto en donde se puede hablar de Carlos Victoria como escritor nacido en Cuba, o simplemente del escritor Carlos Victoria?
- C. Victoria: Yo nací y viví 30 años en Cuba, y esto es parte vital, para bien o para mal, de lo que soy. Pero al final lo que queda es la obra, que si es valiosa opaca la nacionalidad e incluso la biografía del autor, aunque éstas estén implícitas de alguna forma en cada página.
- A. Armengol: En *La travesía...* ya se aprecia a un escritor con un pleno dominio del lenguaje y a su vez a un creador que se sirve de la palabra para expresar sus ideas, motivaciones, experiencias. No hay una preocupación por el lenguaje en

sí mismo, sino por el uso de un instrumento de expresión, al igual que un músico que al componer deja al margen el virtuosismo de la ejecución para darle énfasis a la expresión y el contenido. ¿Compartes esta idea?

C. Victoria: Completamente.

A. Armengol: En ese sentido, ¿no tienes preocupaciones o intenciones de buscar nuevos medios expresivos en el lenguaje, de “experimentar” un poco?

C. Victoria: Tal vez si el experimento me sirve para expresar algo mejor. Por ejemplo, la larga carta del loco Gabriel en *Puente...* aprovecha elementos del estilo ya gastado hasta la repugnancia del monólogo joyciano. Pero los utilicé porque me pareció acertado en ese caso, que es bastante peculiar. Por lo tanto estoy dispuesto a experimentar siempre que esto responda a una necesidad de la narración.

A. Armengol: Podemos entonces decir que tu obra se inserta en la corriente más actual de la literatura latinoamericana, donde muchos nuevos autores evidencian un abandono total de las técnicas y lenguajes propios de los escritores del *boom* y han regresado a una literatura que es a la vez más urbana pero menos cosmopolita, más local aunque no por ello regional o del tema de la tierra, casi podríamos decir que más provinciana.

C. Victoria: Estoy de acuerdo. Aunque francamente no estoy familiarizado con la nueva literatura latinoamericana. Pero esas cosas están en el aire, por decirlo así. Uno no escapa a su época.

A. Armengol: ¿Piensas volver a algunos de los temas ya tratados o te propones avanzar por otros caminos distintos?

C. Victoria: Eso es difícil de predecir. Mis obsesiones no han cambiado demasiado en los últimos 20 años, y por lo tanto me parece que de alguna forma aparecerán en todo lo que escriba. Pero pueden producirse sorpresas, incluso para mí.

A. Armengol: En este sentido, *La travesía...* y *Puente...* pueden verse como parte de una trilogía: el escritor en Cuba, el escritor en el exilio y una próxima novela que podría ser el regreso del escritor, o la visita del escritor a sus orígenes, etc.

C. Victoria: Te confieso que lo he pensado. Pero no tengo un plan concreto, apenas ideas muy en ciernes. Ahora estoy escribiendo un libro de relatos. He terminado cinco y acabo de empezar uno que me preocupa, porque temo que pueda convertirse en una noveleta, o quién sabe. Tengo un esbozo de la historia y siempre supe que requeriría un relato largo, pero ahora presiento que no tengo mucho control sobre su tamaño. Sin embargo, estoy contento con la idea. Y esas incógnitas son las que le dan sazón a la vida bastante aburrida de un escritor como yo, que vive obsesionado por escribir.

(Miami, enero de 1995.)